

En el País de Ayayema

Entramos al mundo de los archipiélagos, al país de los glaciares, de la eterna lluvia, de las cumbres albas donde el sol, poquísimas veces en el año, penetra como un ladrón y, en la fugacidad de un instante, brilla en peñascos, farellones, hielos eternos, bosques umbrosos y silentes, pantanos y océanos turbulentos. Se corren luego las cortinas de los nubarrones y la penumbra, opaca de lloviznas y nevazones, continúa interminable con sus iracundias y desenfrenos. País desconocido. Territorio de los imprevistos. Miles y miles de islas, islotes, montañas, fiordos y canales. La Cordillera de los Andes se desparrama hundiéndose en parte en el Océano Pacífico. Desde el nivel donde las olas golpean la tierra hasta una altura de doscientos metros, se presenta el murallón de árboles australes. Robles, canelos, cipreses, mañíos, helechos, coigües y copihues. Profundo verde. Más arriba, hasta unos trescientos metros, en verdes y grises más pálidos, masas graníticas, musgos, líquenes, pasto duro y corto. Más arriba aún, el blanco del hielo y de la nieve punteado por oscuros manchones de rocones abruptos. De vez en cuando, emergiendo desde las cimas nubosas, se lanza al vacío una cascada que viene de las nieves eternas; choca en un alero, vuelve más abajo a dar un salto magnífico, hasta perderse en el bosque.

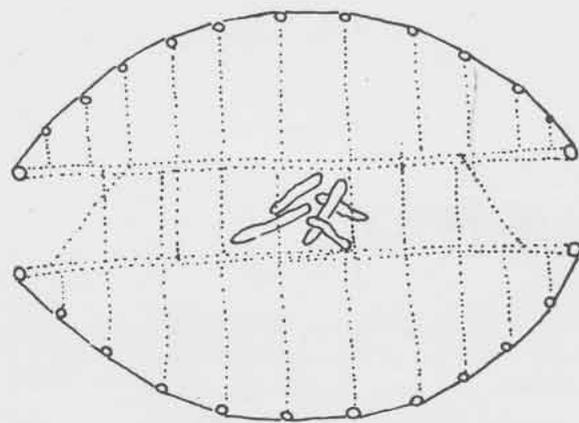
La capa de tierra que sustenta a la vegetación es muy delgada. Esta a veces es densa e impenetrable. El piso cubierto de musgo es una esponja de agua; pareciera estar formado por restos vegetales en un estado intermedio de putrefacción. Llueve normalmente cuatro o más metros al año. Con la excesiva humedad del ambiente, el frío que alcanza una media de seis grados se hace más notorio.

Tierra, agua y aire están poblados de una avifauna riquísima que va desde la inmensa ballena al pequeño marisco, desde el tímido huemul hasta el albatros errante. Sobrepasando en mucho la presencia de los seres vivientes, es el ventarrón el dominador de los archipiélagos. El aire se puebla de ronquidos furiosos y puede ser muy peligroso el oleaje encrespado por mareas y vientos, hasta en las más pequeñas extensiones de agua. Nadie podría predecir las variaciones atmosféricas.

Allí pues, el ser humano, en su pequeña grandeza, proviniendo desde el norte llegó hace decenas de siglos con la necesidad ineludible de adaptar su cuerpo, su búsqueda y su peregrinar por la tierra, a la difícil geografía de la tormenta, el escalofrío y la marejada. Gastaron siglos los pueblos primitivos para mejorar la dominación del medio antes de lograrlo satisfactoriamente.

Pocos, demasiado pocos, han penetrado con cariño en el misterio de los *kaweshkar* o *alacalufes*, *alaculufes*, *alakuwulup*, *tayatafares*, *yequinaqueres*, *pecherés* o *alikulip*. Esta misma diversidad de denominaciones, y no están todas, es un indicio del desconocimiento que rodea a ese pueblo legendario. A la arqueología le espera un campo virgen para aclarar algo del misterio.

Yuras, *Tereskstat*, *Kankstay*, *Kyewaycaloes*, fueron durante milenios algunos de los para nosotros extraños nombres de varones *kaweshkar*. *Kostora*, *Tcefayek*, *Workwa*, *Markset*, *Kyasto*, los de sus mujeres. En sus largas excursiones tocaban por el norte la Península de Taitao, contactándose con los *chonos*. Por el sur, penetraban a la región de Puerto Natales, Golfo de Otway y costa norte del Estrecho de Magallanes, donde establecían relaciones de trueque con los *aonikenk*: mariscos, pescado y piritas de hierro a cambio de pieles de guanaco e instrumentos de piedra. Más al sur, en la Tierra del Fuego, a lo largo de sus costas occidentales y norteñas, tuvieron relaciones con los *selknam*. Todavía más al sur, en el extremo de la Península Breecknock, esporádicamente también con los *yámana*. No siempre estos contactos eran pacíficos. Entre primitivos con frecuencia todo terminaba en luchas salvajes. Históri-



Cabaña *kaweshkar*, hecha de varas recubiertas con pieles de lobo marino. Dibujo esquemático.

camente se sabe de cierto festín en que participaron *chonos* y *kaweshkar* en la costa sur de la Península de Taitao. Se había varado una ballena. Varios días de banquete. Consumido el cetáceo, se despertaron antiguas rivalidades, originándose una gresca cuyo epílogo fueron once muertos.

Los *kaweshkar* no constituían una raza homogénea. Por el contrario y debido a lo extenso de su territorio, por lo menos existían tres grupos con diferentes dialectos, separados geográficamente por el Estrecho de Magallanes y, más al norte, por el de Nelson. A través de los milenios, muy diversos pueblos canoeros deben haber recorrido esos mares.

La talla media del *kaweshkar* alcanza a 1,62 m. para los hombres y 1,48 m. para las mujeres. Robustos de tórax y abdomen contrasta la fuerte armadura ósea de sus espaldas y brazos con las piernas cortas y delgadas, tal vez a causa de llevarlas siempre encogidas en su constante navegar. De cara más bien delgada, la piel lampiña y de color amarillo pardo oliváceo. Frente estrecha, pómulos salientes, boca grande de labios relativamente voluminosos. El pelo negro muy abundante, generalmente desgreñado y largo. Ojos café oscuros, algo oblicuos y almendrados, especialmente durante la infancia. En los recién nacidos y hasta los cinco años, es notoria la mancha mongólica en la región sacrolumbar.

Tanta diversidad de situaciones agresivas de su medio, son afrontadas por los *kaweshkar* con reducidos y aparentemente modestos elementos. Rápidamente construyen una vivienda. De ello se encarga la mujer. El bosque proporciona varas de roble o canelo, lianas y ramas. La base elíptica es de 5 a 10 metros cuadrados de acuerdo al número de los que alojará. Comienza clavando firmemente en el suelo dos varas, separadas por tres o cuatro metros. Curva luego los extremos y los une amarrándolos con lianas que corta con los dientes. Más o menos a cincuenta centímetros de este primer arco, construye otro exactamente igual. Las dos puertas con que contará la habitación estarán determinadas por estas dos piezas maestras. Las restantes estacas también serán hundidas en el suelo e irán amarrándose con lianas a los arcos maestros, de manera que al finalizar esta etapa aparece la armadura formada por dos series simétricas de arcos más o menos aplanados. Se ve frágil, pero la distribución de las nervaduras y su altura no mayor de 1.70 m. le dan resistencia

contra cualquier empuje. Cúbrese de pieles de foca amarradas a las estacas y ya la familia tiene su cabaña. La cúpula aplanada es un excelente refractor del calor que brotará del fogón central. El humo se escurre pesadamente por un intersticio semi obstruido con ramas en la parte más alta. Las aberturas sólo permiten el paso en cuclillas y son protegidas con pieles fácilmente removibles. Todo el ajuar se coloca ya sea colgado del armazón, ya aparentemente tirado en la base interior de los muros. Mézclanse instrumentos de caza, recipientes o cestos, trozos de carne y bolsas con mariscos.

¿Se necesita viajar? Rápidamente se desocupa la casa: se doblan las pieles, se guardan los útiles, se sube el ajuar a la canoa *hallef* y la familia parte a su navegar interminable. Permanece el armazón para un nuevo uso en medio del montón de desperdicios, conchas y huesos. El fogón humea, pero el fuego ha sido transportado cuidadosamente al centro de la embarcación. Durante la travesía los niños son los encargados de protegerlo y alimentarlo.

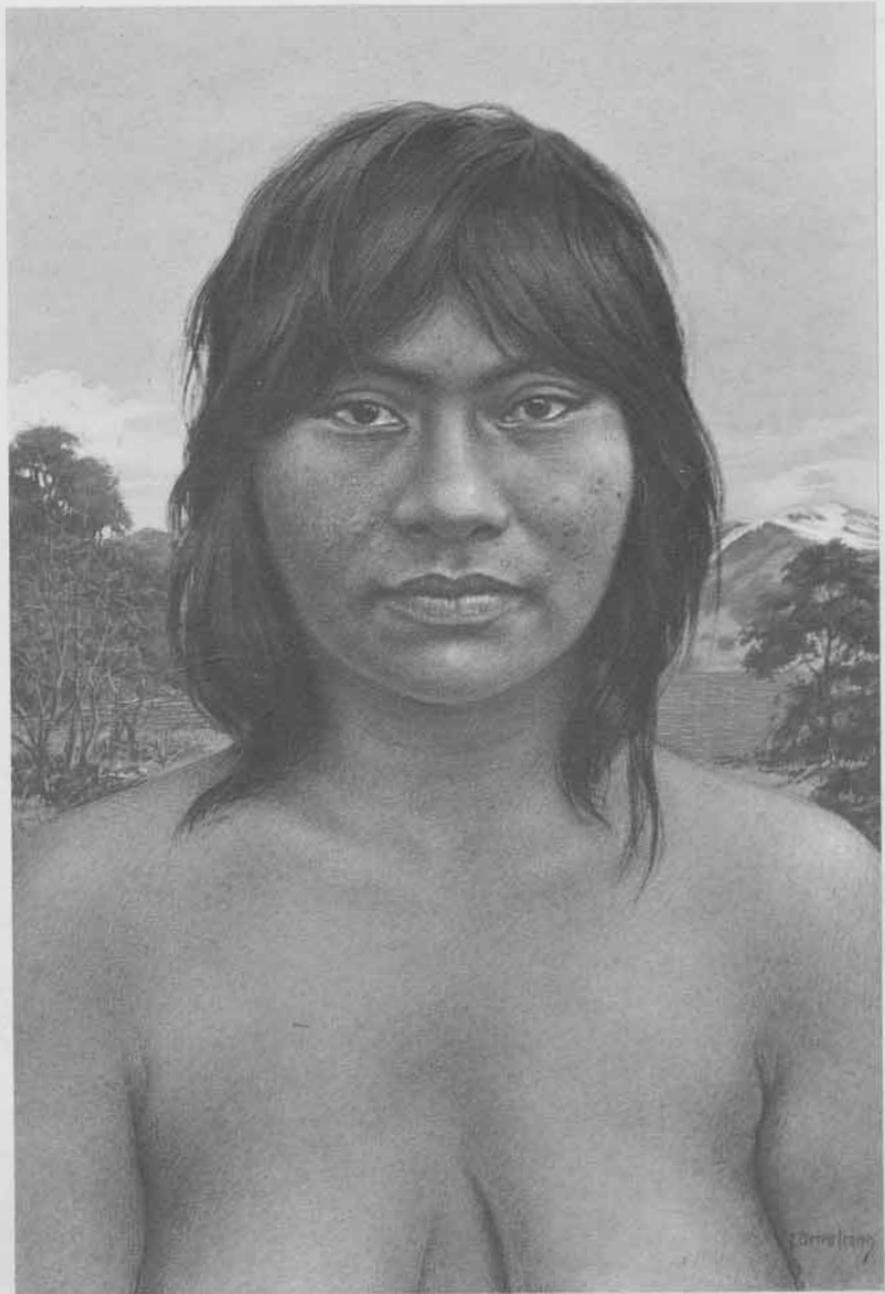
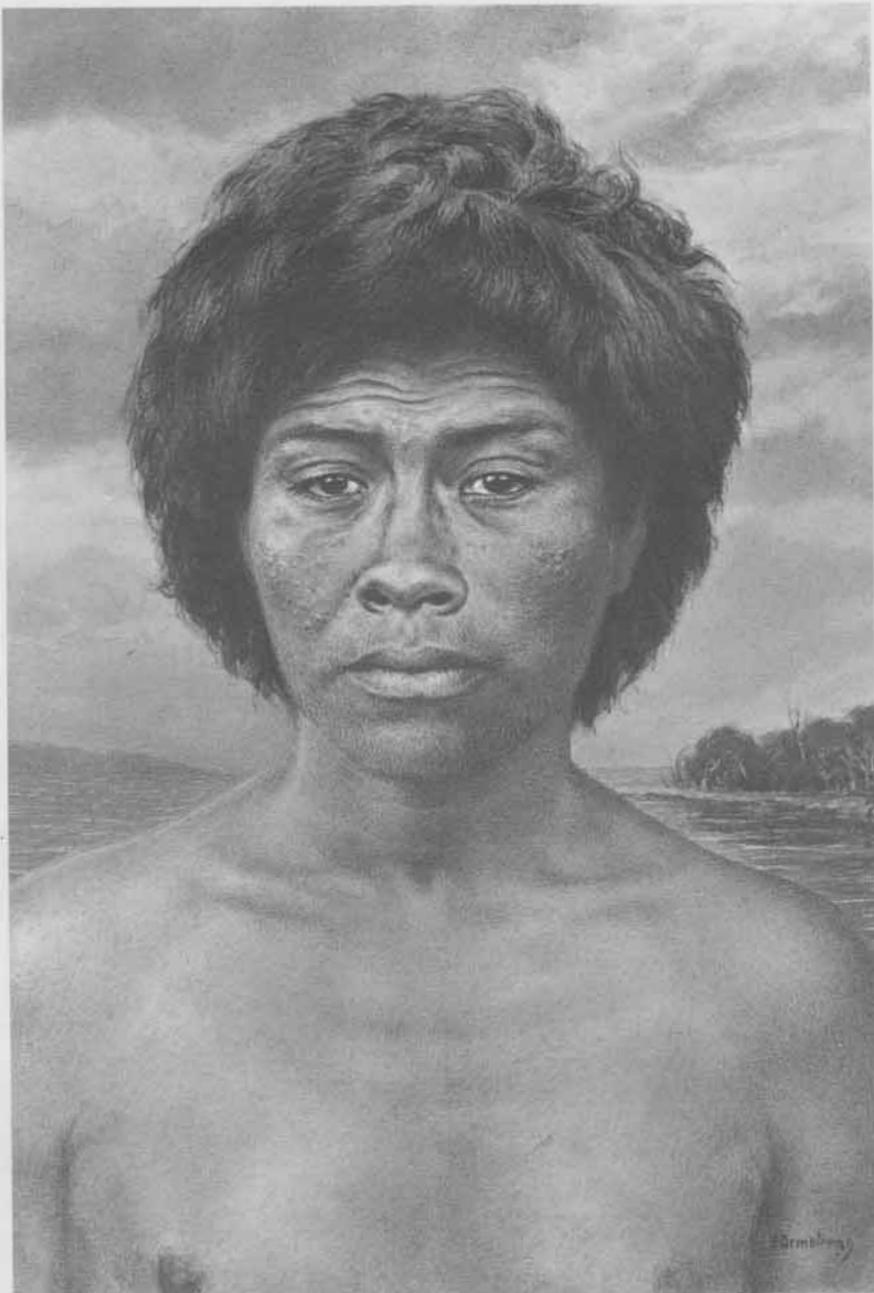
Al fuego lo llaman *tcharkouc*. Para prepararlo aprovechan el duro ciprés. Un trozo muy seco al que se practica una muesca, se sostiene con el pie contra el suelo. En la muesca introducen verticalmente una vara aguzada, que hacen girar a presión utilizando las dos palmas. Esta violenta frotación no se afloja ni interrumpe, para lo cual otra persona ayuda prestamente cuando la primera muestra síntomas de cansancio. Se produce en la cavidad un fino polvillo que con la fricción continua se calienta hasta la ignición. En ese momento se aplica un manojo de plumas o finos elementos vegetales, base del fogón. Más usual que este trabajoso método, era sacar chispas restregando un trozo de pirita de hierro y una piedra cuarzo.

Junto a ese fuego transcurría la vida. El fuego, el *hallef* y la cabaña, son las tres creaciones básicas con las cuales el *kaweshkar* organiza su existencia. Pero de las tres, la más dinámica, la que tiene más relación con la alimentación, el vestuario, sus contactos humanos y el dominio de la inhóspita naturaleza es la canoa, el *hallef*.

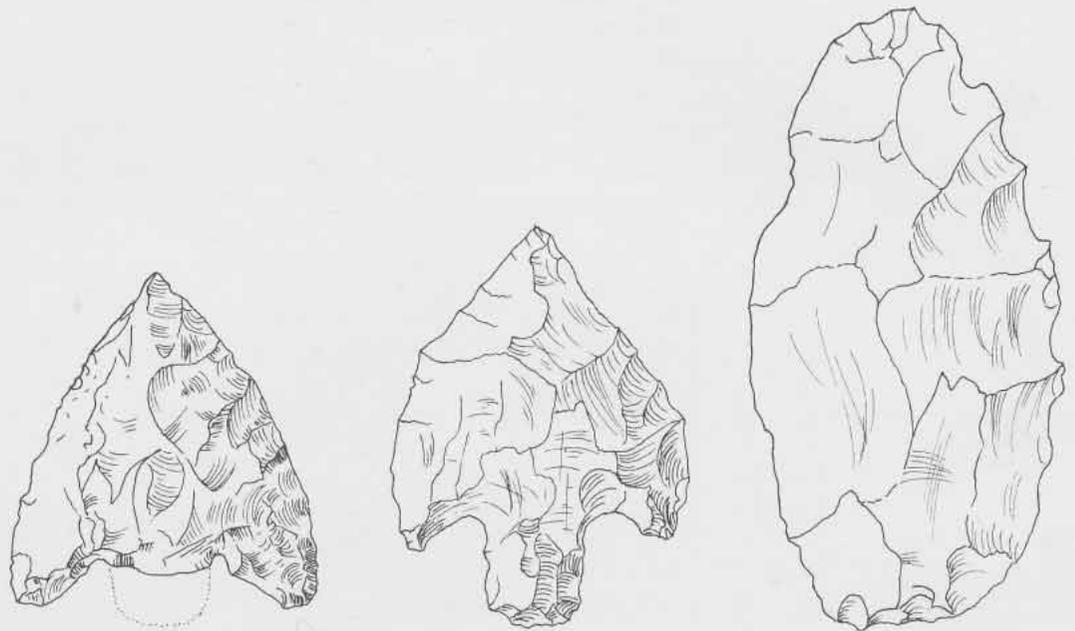
Los senderos terrestres no existen en esas escarpadas islas, salvo en algún itismo que acorte con facilidad las distancias. El sendero es el agua. El vehículo, el *hallef*.

La embarcación primitiva se confeccionaba con cortezas de

Láminas X, XI
Hombre y mujer *kaweshkar*.



Puntas de flecha y cuchillo de piedra *kaweshkar* (tamaño natural). El cuchillo fue hallado en la costa occidental del Estrecho de Magallanes.



ñire (*Nothofagus antarctica*), preferentemente en primavera, antes de que brotaran las hojas. El trabajo lo hacía un solo hombre. Con piedras afiladas practicaba dos incisiones circulares, una arriba del tronco, la otra en el extremo inferior del tramo utilizable; éste debía tener cinco a siete metros de largo. Ambas incisiones se unían con una tercera hendidura longitudinal. Para sostener su cuerpo mientras ejecutaba el trabajo, enlazaba cuerpo y árbol con cierta soltura mediante un cordel de cuero. La corteza era desprendida hábilmente utilizando bastoncillos de hueso o madera de extremo tallado como cuña.

Terminada esta tarea transportaba el gran rollo de corteza junto a su cabaña. La pieza debía mantener su flexibilidad durante la construcción, para lo cual era mantenida bajo agua dos o tres días aplanándola con grandes piedras. Luego la dividía en tres piezas largas; la más ancha "hace las veces de quilla, de fondo, de roda y estambor, mientras las otras dos conformarán los costados", según el relato de la expedición de la "Santa María de la Cabeza" (1788-89). Las extremidades de la pieza central, la más larga de todas, eran simétricamente talladas en triángulo. Las otras dos recibían su forma de lonjas. Durante este trabajo de recorte, al calor de una fogata, las cortezas eran ablandadas para darles en sentido transversal y longitudinal el abombamiento apropiado. Luego, usando punzones de hueso se perforaban hileras de hoyitos a lo largo de los cantos para ser montados. Las uniones se realizaban empleando tanto voqui, una liana muy resistente, como nervios de ballena. Las costuras eran firmemente tiranteadas. Todas las junturas y perforaciones recibían concienzudo y paulatino calafateo con una mezcla de musgo y cierto tipo de barro viscoso y compacto que secaba manteniéndose elástico e impermeable. La rigidez y resistencia interior se lograban mediante cuaderñas de madera bien apretadas unas a otras, ajustadas al casco. Dos varas de ciprés ligadas a los bordes superiores conformaban la borda, y dos a cinco travesaños rigidamente ligados a las bordas mantenían su separación. El *hallel* era terminado con un revestimiento longitudinal en su interior, de tiras de corteza de unos treinta centímetros de ancho, ablandadas en el fogón para su perfecto calce con la curvatura de la embarcación, dejando en la parte central una especie de resumidero para recoger el agua. Frágil pero resistente, una cáscara delicada, la embarcación estaba lista. Complemento indispensable, los

remos hechos de ciprés, como paletas con mango recto. Del mismo árbol se confeccionaba un pequeño mástil donde se ataba una vela de piel de foca y ya podía echarla al agua y viajar... siempre que el mar no estuviera excesivamente turbulento.

Los *kaweshkar* eran primordialmente carnívoros. Toda la gama de seres que pudieran proporcionarles alimento eran buscados para la comida y a la vez sus pieles, tripas, nervios y huesos, para ser empleados en la confección de útiles y medios de vida. La ballena, en primer lugar, y las focas constituían el centro de su alimentación. Las primeras abundaban antiguamente en los mares de América, aventurándose con frecuencia por los canales patagónicos; sorprendidas por la baja marea, a menudo quedaban en seco. Mediante fumarolas trasmítase la nueva. La ballena era un festín para cuantas familias pudiesen concurrir. Se compartía el hallazgo. Huesos, nervios, barbas, toda la carne y la grasa eran aprovechados aun cuando la putrefacción hubiese alcanzado el grado mayor. Llegaban las canoas. Cada cual hacía su cabaña lo más cerca posible del animal, y ya en común, ya en cada vivienda, el fogón no cesaba de recibir apetitosos trozos que a medio asar iban siendo consumidos entre anécdotas, cantos y danzas. Los perros se hartaban engullendo directamente el alimento.

La caza de la foca entrañaba preparativos, riesgos, astucia e inteligencia. Provista de múltiples arpones partía la familia hacia una lobería. El *hallel* quedaba en una playa vecina. El cazador caminaba con agilidad agazapado entre las rocas, premunido de su arpón y del largo cordel con que va sujeto. Prefería localizar la presa lejos del centro del rebaño, para no espantarlo. Amarraba el extremo libre del cordel a una piedra, si intentaba cazar un gran macho. Si el elegido era un animal mediano o pequeño, lo conservaba en la mano. Deslizándose contra el viento y arrastrándose entre las piedras, ya a pocos metros del incauto, en una brusca parada, el arma era arrojada veloz y certeramente a las costillas del animal para perforarle los pulmones. En otras oportunidades, cuando se trataba de pequeños lobos, usaba una red colocada en un aro de metro y medio de diámetro al extremo de una larga pértiga. Como el cazador va siempre sentado en la proa del *hallel* puede localizar mejor cualquier presa. Así, una vez a tiro un lobo que fuera nadando, también lo arponeaba con certera puntería.

El carneo del animal se hacía mediante cuchillos de concha

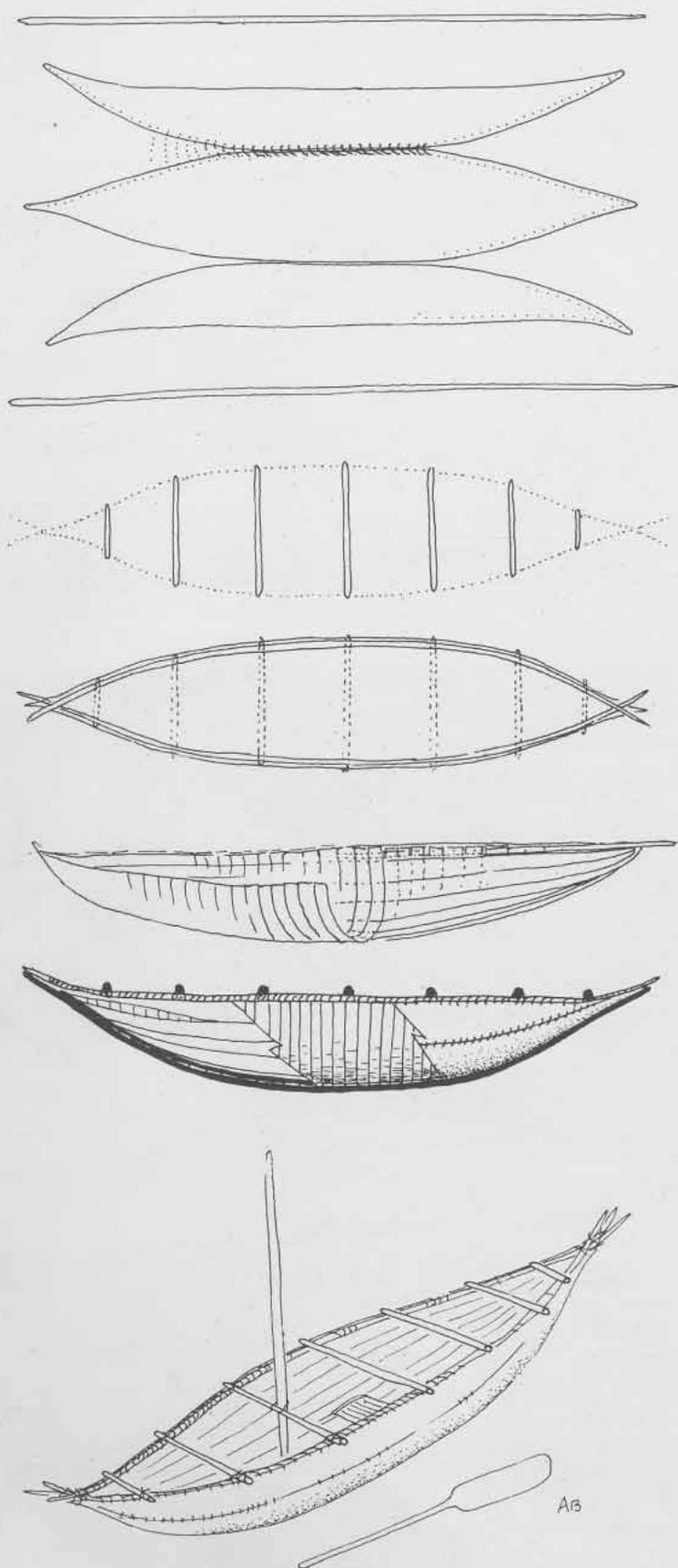
y piedra, luego de botar las vísceras que no debían ser comidas. Otro miembro de la familia se ocupaba de la piel. Se la extendía sobre alguna roca con el pelo hacia abajo. Usando conchas filudas separaban lo más finamente posible la capa de grasa del cuero. Este último recibía posteriormente un tratamiento especial en un marco de varas. Estirado en ese bastidor lo secaban al aire y al fuego hasta que perdiera el resto de la grasa. Mientras, junto a la llama, los *kaweshkar* colocaban pedazos de tocino, de donde comenzaba a escurrir el aceite derretido. De inmediato era chupado con fruición. Chorrea por codos, barbillas y pechos. El cazador tenía sus preferencias: sesos, ojos y lengua, manjares delicados, a los que los chicos no tenían acceso sino hasta el momento en que fuesen cazadores.

En los árboles vecinos o dentro del toldo, se colgaban trozos de carne destinados al consumo futuro. Nunca faltaba una foca casi entera, suspendida hasta que el pelo cayera y la piel adquiriera un tinte verdoso. Entonces consideraban su carne en excelente estado para ser degustada. El aire ambiente se impregnaba de putrefacción. Con la manteca sobrante confeccionaban bolas formadas por trocitos introducidos en un cuero cerrado posteriormente con fuertes ligaduras. En el pantano vecino se enterraban durante días. Una vez fermentada, la grasa adquiría fuerte gusto y olor. Colgábase entonces el cuero en la cabaña y cada cual, a su gusto, sacaba con la mano una porción del rancio elemento.

Lámina XII

Escena de caza de lobos marinos al estilo *kaweshkar* en una lobería de los archipiélagos de Patagonia occidental.





Hallef, canoa *kaweshkar* (escala 1 : 75). Dibujo esquemático con las etapas de su construcción.

La tremenda atracción por la cacería de focas y la agilidad y astucia empleadas para el efecto desde la infancia, no son menores aún en nuestros días, cuando se trata del huemul, el coipo, el huillín y el chungungo. Otro tanto al cobrar aves, peces, delfines y mariscos. La caza de chungungos y huillines, mustelidos de preciosa piel, se efectúa desde la canoa, con arpones de doble punta, luego que los perros levantan la pieza. Los huemules durante el invierno, tras intensas nevazones, bajan a los pastizales costeros en las márgenes de los riachuelos. Las mujeres penetran sigilosamente al bosque y los hombres suben a las Canoas. En el momento previsto, salen ellas por detrás de los ciervos. Estos, tomados de improviso, sin tener laderas a donde escapar, se echan al agua en busca de la ribera opuesta. Es entonces cuando se aproximan fácilmente los *hallef*, cortando la huída con certeros disparos de arpón. En verano se los persigue por las cumbres con perros y flechas.

La caza del pato quetro es muy ingeniosa. Construye el cazador en el borde del agua, sobre alguna pequeña roca, una chocita de ramas tan baja que él cabe sólo tendido. Se ha provisto de una larguísima pértiga, con una lazada de nudo corredizo en la punta. Espera hasta que las aves olviden su presencia. Una vez que esto haya ocurrido, el *kaweshkar* reproduce fielmente la llamada del macho. Acuden las pájaros confiados. Muy lentamente cae el lazo y el ave es atrapada por el cuello. Son unos siete kilos de peso. Con paciencia un solo hombre caza así hasta una docena de patos, decenas de kilos de carne fresca. Los patos liles, de tres y más kilos, que pernoctan en los acantilados costeros, son buscados de noche. Trepan ágilmente los "*kaweshkar*" por increíbles precipicios, provistos de antorchas de cortezas secas; los pájaros, deslumbrados, no atinan a huir. Con bastonazos en la cabeza van cayendo uno a uno.

La pesca ocupaba un lugar preferencial. La tunina, delfín que abunda en todos los canales y que a gran velocidad juega alrededor de las embarcaciones, era arponeada con asombrosa precisión. Su muerte lenta significaba una prolongada y vigorosa lucha, para lo cual el *kaweshkar* empleaba una larga cuerda sujeta al arpón.

Los peces grandes se conseguían a veces con arpón, pero el medio más antiguo lo constituían los corrales de pesca. Como las diferencias de nivel producidas por las mareas son notables, aprovechaban el fenómeno construyendo corrales de pircas de piedra en ancones y radas de suave pendiente. Una vez hecho el corral de unos treinta o cuarenta centímetros de altura, prestaba servicios indefinidamente, siendo necesario repararlo sólo de tarde en tarde. En las horas de reflujo acudían mujeres y niños a recoger a veces cientos de róbalo y pejerreyes.

Este tipo de pesca y la recolección de mariscos correspondía a las mujeres. Veámoslas. En las mareas bajas frecuentemente se reúnen algunas de ellas y parten a mariscar. Es una mezcla de deporte, trabajo y reunión social. Van solas, sin hombres ni hijos pequeños. Llevan, eso sí, una buena provisión de leña y tizones encendidos. Suben al bote y se dirigen a un sitio donde haya abundancia de moluscos. Al amparo de una roca preparan el fuego y mientras la conversación continúa, una de ellas se quita la capa de cuero y se zambulle en el agua helada llevando en su mano un bastoncillo de hueso o madera para desprender las conchas. Entre los dientes o a la cintura un cesto de juncos donde acumularlas. Tras uno o dos minutos emerge, deja en la orilla lo obtenido y vuelve a sumergirse. Varias veces se sucede esta operación hasta que la fatiga y el frío indican que debe ser reemplazada. Mientras otra continúa, la primera se acurruca junto al fuego y prosigue la entretenida charla, esta vez probando cada cual los exquisitos bocados marinos, unas veces crudos, otras brevemente cocidos sobre las brasas. Cholgas, choros, machas y choritos se van amontonando.

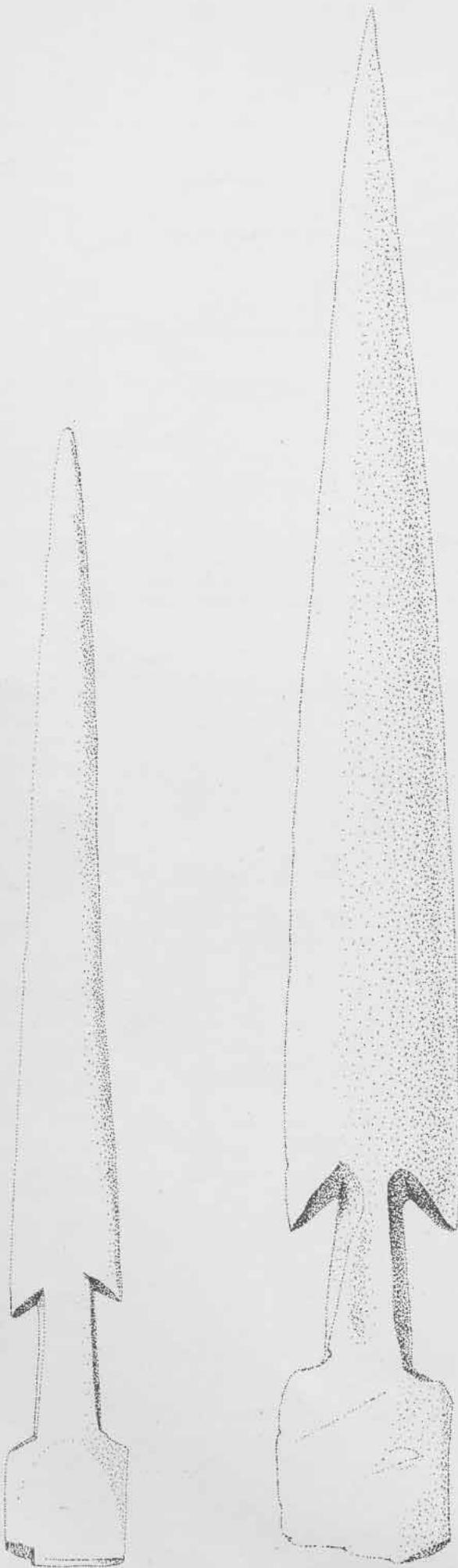
Es primavera. Desde diversos puntos coinciden en reu-

nirse varias familias, en un lugar vecino a una lobería y a islotes donde anidan petreles y gaviotas. *Yanoecks* ha tenido varias mujeres en su vida. En este momento tres viven con él. Es un excelente cazador, muy diestro en lanzar el dardo, así que bien podría alimentar a varias más y a muchos más de los cinco hijos que le han dado. *Tcakwol*, el abuelo, luego de comer una abundante ración de cholgas y tocino de lobo, se encucilla en una pendiente pareja para cortar finas tiras de cuero con la ayuda de una filuda concha de choro. Mientras algunos vecinos salen en busca de huevos, *Tcelokwe*, esposa de *Yuras*, y sus hijas, han transportado al toldo enormes haces de juncos. *Yuras* dormita junto al fuego; cazó varias focas de modo que podría dormir varios días. Las niñas se entretienen observando las ágiles manos de la madre mientras confecciona cestos trenzados. Ellas tejen sus pequeñas réplicas. También hacen cestos de corteza de roble, cosidos y calafateados para que no escurra el agua. Ahora *Yuras* ha extraído una astilla de un hueso de ballena, de unos cuarenta centímetros, y calmadamente confecciona un nuevo arpón. Todos los hombres son muy diestros en hacer sus armas y útiles de caza. Lo pulirá con una concha hasta dejarlo suave y aguzado. Luego practicará incisiones en los costados en forma de aletas o corridas de muescas como dientes, según el tipo de animal contra el que vaya a ser utilizado. Empleará para los grandes arpones un asta de roble de hasta cuatro metros de

Lámina XIII

Grupo de aborígenes *kaweshkar* en la cacería del huemul. Mientras los hombres bogan para arponear al animal, las mujeres impiden que vuelva a la orilla.





Arpones *kaweshkar* de doble barba, hechos en hueso de ballena (tamaño natural).

largo y del grosor de un puño en su parte central. El extremo donde irá la cabeza llevará un sacado para calzar la base de la punta de hueso. El arpón quedará así articulado, esto es, irá fijado en tal forma que una vez clavado profundamente, se desprenderá, aunque permaneciendo unido al asta por las amarras. De no ser así la bestia herida, que podría pesar cientos de kilos, fácilmente rompería la punta para luego huir. El lazo es amarrado en el tercio inferior del asta.

Algunos hombres, sentados sobre sus talones, tallan puntas de flecha de piedra o hueso e incluso en duros trocitos de madera de calafate. Los palitos portadores del proyectil son pulidos mediante conchas y rectificadas al calor del fuego. Los arcos son tensados con cordelillos de fibras de tripa de foca.

Desde pequeños los *kaweshkar* ensayan su puntería con flechas y con hondas. Hacen girar rápidamente sobre la cabeza dos tientos de cuero con un ensanchamiento donde colocan un guijarro. En el momento oportuno sueltan el extremo libre dirigiendo la piedra con el cálculo fino que da la práctica constante.

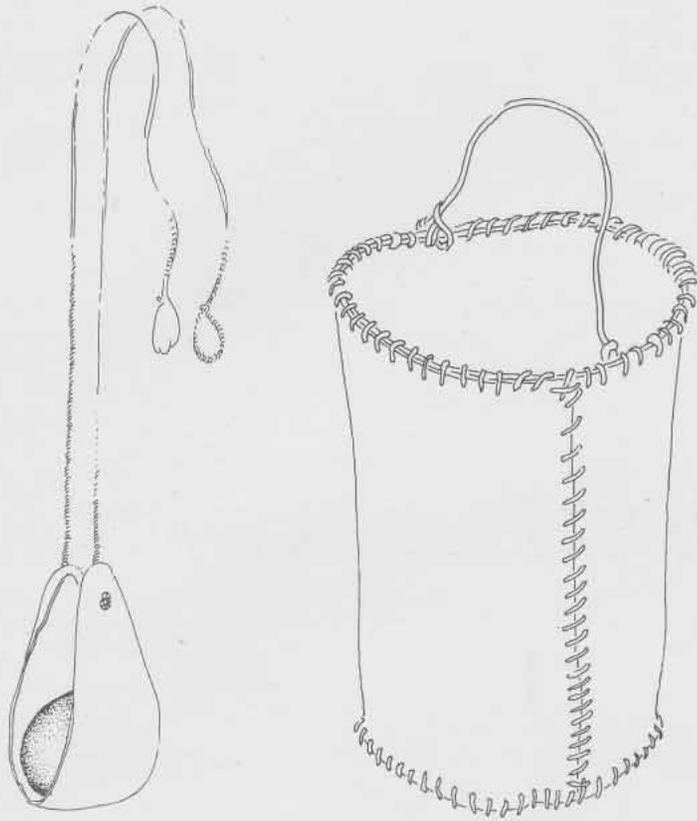
Hombres y mujeres llevan capas de cuero que les llegan hasta las nalgas de modo que al agacharse todo el cuerpo queda protegido. La piel puede ser de lobo, nutria, coipo o aves marinas. Un corbatín de cuero la sostiene por el cuello, pudiendo girar libremente en cualquier momento en el sentido de donde venga la ventisca.

Las tierras de color guardadas en vejigas secas, se disuelven en aceite de foca. Con esta pasta ornamentan todo el cuerpo usando blanco, bermellón y negro. Al secarse, la piel aparece cubierta de costrones terrosos. Esto hizo que los blancos denominaran a los *kaweshkar* "Hombres de barro". Los varones se colocan frecuentemente un bonete de alas de gaviota que ciñe el revuelto cabello. Brazaletes y collares de conchas o de huesitos pulidos unidos por hilos de tripas, son usados por hombres y mujeres.

La larga tarde va oscureciendo y enfriando el día. Se aquietan las voces de los niños. Cansados de correr y jugar entran a las cabañas. Las madres cortan trozos de carne y asan mariscos para quienes lo desean. Algún *hallet* rezagado se aproxima. Los perros ladran entre el viento. Voces lejanas se van apagando. Una buena provisión de leña se apila cerca del fogón. La noche despliega sus negruras con ulular de vientos helados. *Lafk*, el día de hoy, ha terminado; *aswalek* será el día de mañana. El día ha estado dividido en cuatro partes según las alternativas de las mareas. La luna, con sus diversas fases, dividirá el tiempo futuro y ayudará a determinar viajes y estadas.

Tendidos en sus rincones, satisfechos, mientras niños y perros duermen, los mayores se entregan a charlas interminables. Recuerdos de hazañas. Cuándo convendrá, aprovechando el varamiento de alguna ballena, hacer una reunión de iniciación para los jóvenes en una gran cabaña, *Tchele ayayema*. Los conmueve el misterio que conduce la vida y que tal vez vuela en el aire, ahí afuera del toldo, en la negrura de la noche. La geografía, con sus alternativas de alimento y muerte, va desovillándose en las palabras susurrantes. Mil nombres de rocas, ancones y acantilados. Cada detalle, cada especie viviente allí. Todo es ubicado respecto del sitio donde se encuentran, y de acuerdo a la dirección de los diversos vientos.

Las voces suaves van enriqueciéndose con gestos del rostro y de las manos. Alguien narra algo asombroso y la voz se suaviza y alarga. Otro se mofa de la equivocación de un tercero, arruga los párpados y extiende al máximo las comisuras. Varios, a la vez, pueden monologar en un susurro casi musical. Una voz se expande largamente sobre una vieja disputa: alguien infringió el *Tchas*, esa antigua costumbre que permite indulgentemente la libre disposición de todos los haberes de una persona por cualquier otra, siempre que haya relaciones ami-



1 Honda de cuero y cordel trenzado (según Gusinde; 1/5 del tamaño natural).

2 Cubo para agua de corteza de roble (1/6 del tamaño natural). Las uniones van cosidas con filamentos de tripa de foca.

gables entre ambos. Sin que nadie interviniera y en perfecta armonía habían arreglado sus cuentas tras una larga y franca conversación, acompañada de la devolución del objeto robado. En una naturaleza tan inhóspita, el poder hallar siempre una buena acogida es una fineza que se ha hecho hábito. Rara vez los diferendos terminan en disputa. Cuando ésta estalla puede llevar a soluciones fatales que arrastran a varios miembros de la familia a venganzas sangrientas.

Una mujer narra las gracias de su criatura: cómo puede navegar libremente llevándola amarrada a la espalda bajo su capa, sin que estorbe en las travesías. Su ternura hace que extienda los labios y pronuncie suavísimamente cada palabra. Surgen los recuerdos de la última fiesta de iniciación, los maestros que la dirigieron, las danzas y cantos imitando la cacería del huemul "...que sobre la montaña, a lo lejos, vigila los alrededores y come. Se canta *yektcal* apuntando con el dedo en dirección de la montaña con la cabeza inclinada y el ojo arrugado como para decir: el ciervo pasta inquieto y se interrumpe a cada instante para asegurar de que está invulnerable, pero nosotros también lo observamos" (Emperaire). Los cantos sobre el coipo, la ballena y el fuego. Los juegos entre los hombres para amarrar rápido las canoas. Las lunas transcurridas. La determinación de los jefes de familia para continuar cada una su vida por su propia cuenta. Los matrimonios que nacieron con el asombro de los jóvenes que se conocían por primera vez.

Se adentra la noche, el reino de *Ayayema*, espíritu perverso y poderoso. Retumba en los acantilados, ronda en la oscuridad entre los roqueríos. Mueve los bosques lúgubres con los aullidos del viento. Durante el día se esconde en los pantanos y turberas, siempre traicioneros.

Se acurrucan los *kaweshkar* bajo sus cueros de foca; atizan el fuego. Afuera, en la negrura, *Ayayema* ulula disponiendo de las fuerzas naturales. Si se han dormido todos, *Ayayema* subrepticamente puede entrar, alargar las llamas y quemar la cabaña. Cuidado, mucho cuidado con el fuego. Hace crepitar las brasas; salta una chispa que quema la piel: es *Ayayema* siempre buscando cómo herir, cómo asustar, cómo enfermar a los mortales. Si la cabaña hiede demasiado, es *Ayayema* que se ha posesionado de ella. Será preciso trasladarla.

Kawtcho, otro maligno, durante el día deambula bajo tie-

rra; en la noche, de repente y gigantesco, emerge y camina por las playas. Si ladran mucho los perros, *Kawtcho* está cerca con sus aterradoras luces en el pecho, sus durísimos cuernos y los ganchos filudos de las manos siempre dispuestos a vaciar los ojos de sus víctimas.

Mientras tanto *Mwono*, en los picachos nevados y en los glaciares, presto a atacar a los intrépidos que suban a las alturas, desprende con ruidos atronadores trozos de roca y de hielo para aplastarlos.

Alguien soñó fantasías, presagio de desgracias. ¿Algún dolor? El mal está cerca, tal vez la muerte. ¿Se recuerda algún difunto? El más allá incierto y aterrador asusta a jóvenes y viejos. Los jotes, negros consumidores de carroña, son mensajeros de desgracias. Los muertos tienen una extraña presencia que es eludida por cualquier medio. Así, después de depositar el cadáver envuelto en pieles, junto con sus enseres, en la pequeña choza construida al efecto, *lalat*, o en la grieta de rocas, parte la familia en su "*hallef*" buscando un nuevo lugar donde acampar. Eso sí, todo el tiempo que dure la enfermedad y la agonía, el enfermo gozará de la presencia fiel y constante de parientes y vecinos.

Muchas son las cosas que deben evitarse para que el mal se aleje de la familia: no matar a los perros ni comer su carne; evitar tirar conchas al mar; jamás arrojar al fuego una concha y si por casualidad cae algún pedazo, sacarlo prestamente; jamás verter agua de mar sobre el fuego ni encenderlo bajo la línea de las altas mareas; nunca debe destruirse el armazón abandonado de alguna cabaña.

Por fin se apagan los últimos susurros. Ha transcurrido un día más de los legendarios "hombres de barro", los primitivos cazadores y recolectores *kaweshkar* de los grandes archipiélagos, los hábiles navegantes asediados por el temor a *Ayayema*.

Un día, en enormes naves, aparecieron los hombres blancos. Desde entonces paulatinamente se fue apagando la llama. Desconfianza, desprecio, burla, engaño, alcohol, sífilis, cobardes asesinatos. Desde algunos barcos se disparó a sus toldos y canoas, sólo para probar puntería. Los *kaweshkar* nunca pudieron enfrentar la avalancha. Hoy, en Puerto Edén, restan unas decenas de sus desfigurados descendientes.